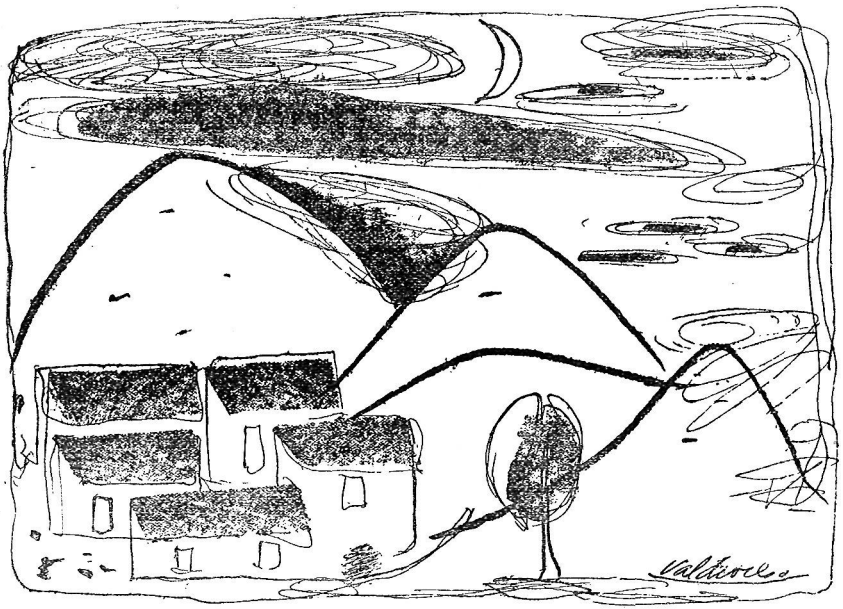


LAS MONTAÑAS • BUREAU DE DEFUNCIONES • EL ELECTRICISTA

POR

SARA MARIA LARRABURE

LAS MONTAÑAS

MIRE usted las altas montañas, allá al fondo—me dijo. Nos hallábamos sobre una elevada colina en la que estaba construída la casa. A mis pies se extendían los techos de la ciudad: torres, aleros, tejados puntiagudos, perfilados entre la atmósfera violeta gris. Era una llanura de techos; trincheras opacas y asiluetadas. Una luz acá y allá, y un interminable pasar de vagones de un tren que no terminaba nunca: un aviso luminoso, circular, en una torre. La gran meseta crecía a lo lejos, esa larga meseta de techos sin cuerpo.

—¿Las puede distinguir? Están al fondo junto a las nubes.

Mis ojos subieron hacia las nubes lejanas, violeta oscuro, color humo denso; abarcaban hasta el centro del cielo, celeste, con orlas amarillas y trozos turquesa.

No respondí. El seguía admirándolas.

—Hoy es muy tarde; mañana en pleno día, con el sol, podrá ver sus picachos nevados; es el paisaje más hermoso que pueda darse... Mírelas ahora, se distingue su línea sinuosa cortando el cielo en dos.

Yo no veía las montañas.

Pero todos las admiraban: la niña pálida que solía venir a visitarme, la anciana que subía todas las mañanas las gradas del jardín. Su cabeza blanca y su bastón negro era todo lo que se ofrecía a mi vista desde mi ventana, pero su voz la conocía muy bien. Se detenía en la terraza de entrada, se volvía hacia los montes y comentaba en alta voz con el portero: «Hoy puede distinguirse muy bien el pico de San Benito», o si no: «Qué lástima, hoy apenas la línea blanca, la nieve, se confunde con las nubes.»

Mis ojos, cada mañana y cada tarde, se dirigían al frente. En los atardeceres creía verlas, pero no, eran las nubes que siempre se acantonaban contra las invisibles montañas; invisibles para mí, para mis ojos de lince que distinguían el más pequeño arbusto en el jardín, aun en las noches más oscuras.

En secreto traté de probar mi capacidad visual. Subía a la colina cercana de donde se dominaba mejor la ciudad y me pasaba horas enteras entre las calles observando los movimientos de las pequeñas figuras de los transeúntes; me metía por las ventanas y localizaba los cuadros, los muebles, el niño inclinado sobre la mesa; la sábana oreándose en aquel techo semi oculto por un edificio amarillo. Nada se me escapaba; llegué a conocer de memoria las calles caprichosas, el trazado regular de las plazas, las amplias avenidas, hasta las costumbres de algunos de sus moradores; esta silueta era la que salía a las diez de la mañana; esa gran cabeza oscura siempre iba al café a las once; aquella sombra oscurecía la ventana a las tres de la tarde y no la dejaba hasta las seis...

El vendedor de postales me saludaba desde lejos cuando llegaba yo jadeante, y me preguntaba sobre mis nuevos hallazgos; él me enseñó los nombres de las calles y plazas y me contó extrañas historias milagrosas que habían ocurrido hacía años; él nunca había visto ningún prodigio, pero eso no importaba.

No pasó mucho tiempo sin que mis asiduas visitas a la colina fueran conocidas. La vendedora de frutas, el cuidador de la pequeña iglesia, el hombrecillo jorobado que ofrecía sus refrescos en su carrito tirado por una mula; hasta los visitantes y paseantes me preguntaban alguno que otro dato. Todos se admiraban: «¡Qué vista tiene!», exclamaban asombrados.

Cuando se me hacía una de estas exclamaciones, invitaba yo al asombrado y lo llevaba al otro extremo de la colina: «Venga a ver esto.» El paseaba su mirada por los techos y la seguía hasta el fondo: «¡Qué hermosura! Este lado es mucho más bello, la ciudad tiene por fondo las montañas.» No era, pues, defecto de mi vista: las montañas no eran visibles para mí.

Llegó el día de la partida; tenía que abandonar la ciudad. Yo sabía que nunca regresaría a ella. Pasé la mañana mirando hacia los montes; el día estaba claro y lleno de sol; la atmósfera, transparente. Hasta mí llegaban los perfumes del jardín, y los pájaros pasaban trinando delante de mi ventana. Transcurrió la tarde; hice mi equipaje rápidamente. No me separé, después, ni un instante de mi mirador; estaba segura de que vería las montañas.

Comenzó la caída de la tarde. Los árboles y los techos fueron apagándose, algunas luces brillaban ya dentro de la ciudad. Una gran nube blanca, tan blanca que hería la vista, se esparcía en el cielo; detrás de los techos la luz se ponía translúcida, se podía ver hasta los colores más débiles reflejándose sobre el horizonte. Yo sabía que el momento se aproximaba.

La noche estaba ya en el cielo. Me llamaron desde abajo; el «auto» partía. Cogí mi maleta y volví la cara a los montes: tenía fe.

Diez minutos más y todo había acabado; la noche se in-

trodujo en las colinas, en los árboles, en la ciudad. No las había visto. Bajé.

—¿Ha visto usted por última vez las montañas? Han estado más bellas que nunca—me dijo. Yo asentí.

BUREAU DE DEFUNCIONES

Subió las escaleras y dobló por el corredor hacia la derecha. Un toque leve en la puerta y entró. Una mujer ordenaba unos folios que se apiñaban hasta el techo.

—Sí, señor...

—Vengo por mi ficha. Estoy en la N.

Ella cuidadosamente extrajo un cartón del fichero. En un extremo se leía M N. Minuciosamente examinó cada uno de los legajos dentro de la carpeta. Luego levantó la vista y dijo:

—No hay nada. Vaya a la primera puerta saliendo a su derecha, tal vez allí encuentre.

El cerró la puerta. Al lado de ésta había otra exactamente igual. Golpeó. Un tipo uniformado le abrió. Era él.

—Entre.

El uniforme azul, la gorra del mismo color, ribeteada de oro. Se sentó detrás de un escritorio y abrió un cajón.

—¿Qué letra?

—La N.

No era sino una hoja con letra apretada para no perder espacio.

—... No, no está usted aquí.

Las cortinas azul oscuro con cenefa cordoneada que aca-

baba en una borla también dorada. Estaban corridas, pero algo de luz penetraba por ellas. Una sonrisa se dibujó en la boca vacía del tipo uniformado; la luz lo traspasaba de perfil.

—Lo siento. No hay nada por hoy. Quizá mañana.

Las cuencas vacías lo miraban. Se levantó y volvióse a sentar. De nuevo sacó la hoja del cajón y la releyó.

—Pensé que estaría en otra inicial. Mire, aquí está la N. Jamás se equivocan.

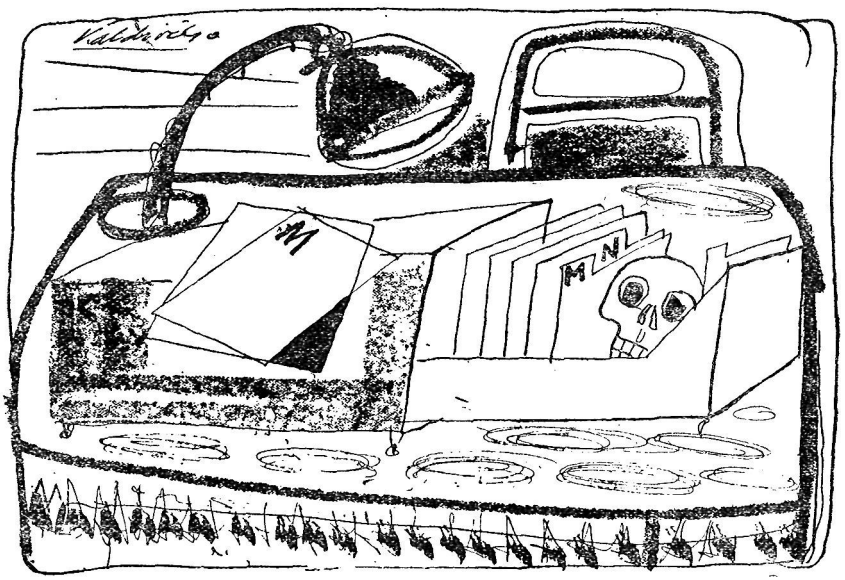
El hombre vió una serie de nombres menos el suyo. Se puso en pie y se dirigió a la salida. Antes de salir una mano huesuda se extendió hacia él y luego se contuvo; el gesto contenido cerró el cajón y se apresuró a abrir la puerta.

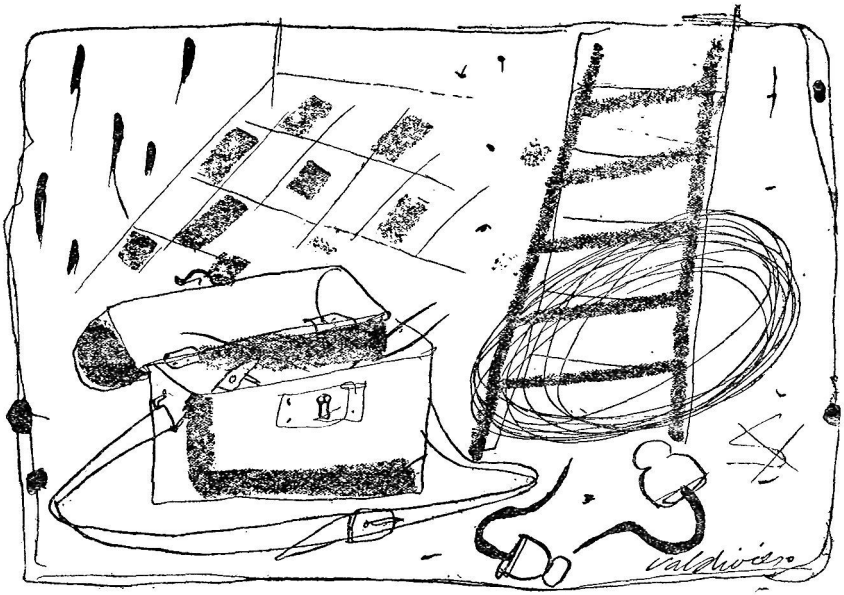
—Tal vez mañana. Nunca falla. No desespere.

El quepi dejado sobre la mesa volvió al cráneo haciendo un ruido seco.

—Lo siento. Otra vez.

La manija giró y abrióse la puerta. El salió y torció a la derecha. Bajó los escalones. Afuera el sol brillaba y quemaba. Respiró a pulmón lleno.





EL ELECTRICISTA

Sonaban los timbres: uno largo, ininterrumpido, como un quejido; otro ronco, insistente, tres veces; otro muy débil.

Levanté la mano de la sábana y la acerqué al botón, presioné; una luz roja se encendió encima de la puerta. A lo lejos oí acercarse unos pasos, lentos, que se arrastraban sobre el piso de linoleum. Pasaron delante de mi puerta, se detuvieron, pudo oír un aliento entrecortado y luego unos suaves golpes; exactamente dos, con los nudillos de la mano.

—Entre—dije.

Una figura de hombre, con una tosca vestimenta azul-grisácea y unos cabellos rubios ceniza, encrespados, revueltos.

—Vengo a componer el timbre—señaló la luz roja.

—¿Por qué?

—Está averiado.

—Funciona muy bien.

—No.

Me daba la espalda, contemplando el círculo rojo encima de la puerta.

—Debe ser azul—y volvió a señalarlo.

Me encogí de hombros y cerré los ojos; me sentía demasiado fatigada para discutirle; que hiciera lo que desease.

Le oí traer una escalera y manipular con sus herramientas. Los timbres sordos, agudos, insistentes o lánguidos, seguían llamando en la distancia.

—Si se presiona no suena, sólo se enciende la luz roja.

Estaba a mi lado. Abrí los ojos; una mano amarilla, con las cutículas negras, presionaba el botón. Lo miré, me hablaba, muy cerca, pero dándome la espalda; podía ver claramente su pantalón azul y su casaca corta. El ojo de luz, encima de la puerta, estaba encendido: era color rojo.

—Aquí no suena, pero allí sí, y allí no debe sonar cuando se enciende aquí la luz.

—¿Es acaso muy importante? Yo solamente deseo que acudan cuando llamo—repliqué.

El se volvió; su cara muy pálida, sin expresión, sus ojos del mismo color de su cabello; me miraron:

—Eso es lo reglamentario, en su habitación debe encenderse la luz azul.

—Pero ¿por qué?—insistí.

—Aun debe usted ver la luz azul, no la roja, son órdenes expresas.

Dió media vuelta y subió a la escalera; volvió a hacer ruido con sus herramientas.

Comenzaba a intrigarme, me senté en la cama y un agudo dolor en la cabeza me hizo caer pesadamente sobre la almohada; delante de mis ojos pasó un círculo de fuego que se apagó súbitamente.

Una mano fresca en mi muñeca me despertó:

—¿Cómo se siente?—y oí el roce de la tela almidonada. Abrí los ojos—. Su pulso está bien. ¿Qué desea?

—¿Ya compusieron el timbre?—pregunté.

Ella sonrió y echó su cofia blanca hacia atrás.

—Sí... pero ¿ha estado descompuesto?

Alcé la vista; detrás de la enfermera, sobre la puerta, una luz azul se encendía como un ojo redondo, saltón, protuberante. Ella siguió mi mirada.

—Sí, usted llamó. ¿Qué deseaba?

Negué con la cabeza. Ella se alejó presionando otro botón al lado de la puerta. El ojo azul se apagó.

Sara M.ª Larrabure.
Revista «Centauro».
LIMA (Perú).